

29 *Una vida, UNA NOVELA*

RAFA VALLONE

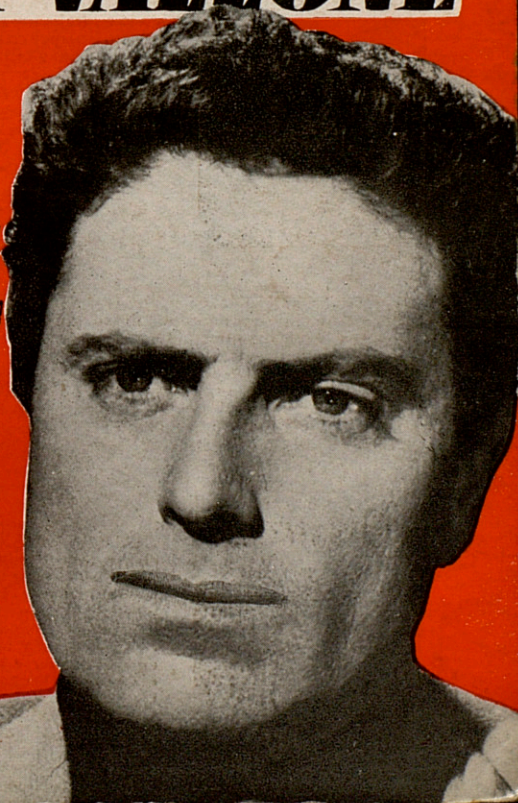
A LOS 30 AÑOS
HACE SU
PRIMERA
PELICULA:
"ARROZ AMARGO"

—*—*—

DESPUES LLEGA
EL EXITO EN
FORMA SOR-
PRENDENTE.

—*—*—

CASADO CON
LA ACTRIZ
ITALIANA
ELENA VARZI



¡DE PROXIMA APARICION!



INGRID BERGMAN.-La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».

BETTY HUTTON.-Dinámica, emprendedora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idilios desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera artística.



JAMES STEWART.-Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.



RAF VALLONE

UNA VIDA, UNA NOVELA

RAF VALLONE

- ♦ *Un actor deportista e intelectual.*
- ♦ *Jamás pensó en llegar a ser una primera figura de la pantalla.*
- ♦ *Aspira a convertirse en director y guionista.*

Volumen n.º 29

de la Colección de Biografías

«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 17. VAN JOHNSON |
| 2. JOHN WAYNE | 18. AVA GARDNER |
| 3. HEDY LAMARR | 19. ALAN LADD |
| 4. ERROL FLYNN | 20. SUSAN HAYWARD |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 21. ROBERT TAYLOR |
| 6. MARILYN MONROE | 22. RITA HAYWORTH |
| 7. GARY COOPER | 23. TYRONE POWER |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 24. JUDY GARLAND |
| 9. ROCK HUDSON | 25. KIRK DUUGLAS |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 26. AUDREY HEPBURN |
| 11. CLARK GABLE | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 12. LESLIE CARON | 28. JOAN CRAWFORD |
| 13. GREGORY PECK | 29. RAF VALLONE |
| 14. GRACE KELLY | 30. INGRID BERGMAN |
| 15. FRANK SINATRA | 31. JAMES STEWART |
| 16. SILVANA MANGANO | 32. BETTY HUTTON |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados. Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

DON Giovanni manejaba legajos, confrontaba códigos, y aplicaba leyes con la desenvoltura y el placer de quien obedece al llamado vocacional.

Había nacido para ser abogado. Ejercía la carrera con éxito. Tenía muchos clientes. Posición social. Y, en el preciso momento de nuestra historia, tenía, además, un hijo recién doctorado en Leyes, lo cual, según sus más íntimos deseos, era tanto como tener asegurada la continuidad.

«¡Este hijo mío es todo un hombre!» — pensaba satisfecho, a tiempo de enumerar, mentalmente, las más sobresalientes cualidades del muchacho — «Fuerte de cuerpo y de espíritu, inteligente, voluntarioso, sensato, bueno, apasionado y, obligado era decirlo, por muy padrazo que se fuera, con algunos arrebatos vehementes que precisaban de su entrañable consejo moderador».

Los deportes servíanle de válvula de escape. La música era piedra de toque para los refinamientos de su sensibilidad.

Suspiró contento del análisis, porque, dentro del marco hogareño, la vida ofrecía al flamante licenciado un panorama seguro y confortador.

En estos pensamientos andaba cuando se abrió la puerta del bufete donde hallábanse trabajando desde hacía algunas horas. Metódico y tenaz, solía dedicar a los asuntos que se le encomendaban todo su saber y su elocuencia, sin escatimar esfuerzos.

Levantó la mirada y sonrió, viendo la silueta del hijo tan amado recortarse en el cuadro de luz exterior.

Dentro, únicamente brillaba el círculo amarillento de la pequeña lámpara auxiliar de sobre mesa.

Don Giovanni, que gustaba de mantener el despacho en una semipenumbra grata, propicia a la meditación y el recogimiento, disponía de un gabinete amplio, con muebles de roble confortables y macizos. Paredes cubiertas por altas librerías repletas de gruesos volúmenes, cuya letra menuda y apretada guardaba las experiencias de cuantos legislaron o tuvieron concomitancias con la Ley, a todo lo largo de los siglos.

Una gran lámpara de bronce dorado realizaba la severa elegancia de aquella habitación, alejada del bullicio, donde el cabeza de familia trabajaba y sentíase feliz.

—¿Qué hay, Raffaele? Ven. Cuéntame. ¿Estuviste en el Palacio de Justicia? ¿Pronto te cederé esta poltrona! De ti depende señalar el momento. Yo quisiera...

El joven no le dejó terminar. Traía el aire taciturno. La frente contraída. Le miró abiertamente; rozó con su mano diestra un montón de papeles que, sobre la mesa parecían aguardar la caricia y con aparente calma, que la voz traicionaba, expuso sin subterfugios su opinión.

—Oye, papá. Desde hace días estoy buscando la manera de decírtelo, porque me duele; me duele darte el más pequeño disgusto y esto te va a disgustar. Sé con cuanta ilusión has estado esperando que terminase la carrera para tenerme a tu lado, ser mi maestro y que yo sea tu sucesor. Pero he de confesarte que no me siento atraído por la abogacía. ¡Me cansa! ¡Me desespera la idea

de que mi vida no tuviera otros horizontes que el Código Penal... el Derecho Romano... Los considerandos y los resultandos...

Lo temperamental salía por sus fueros y la voz de Raffaele aumentaba en tono y exaltación.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el padre, a sabiendas que nada podía preguntar.

Cuando el hijo tomaba una decisión era inútil enfrentársele. Sin embargo, buscando una tregua, todavía le razonó:

—¡No te precipites! Mi bufete marcha solo. Te exigirá muy poco esfuerzo. Puedes alternarlo con otra cosa que te guste. Desde aquel inolvidable día en que viniste al mundo, mientras la humanidad se desangraba en una guerra sin cuartel, al tomarte en brazos pensé, y en ello he estado soñando, con verte convertido en un hombre de Leyes, que discutiera conmigo, trabajara conmigo y que, a la hora de la postrer despedida...

Raffaele sintió un estremecimiento hondo y dio unos pasos, casi involuntarios, hacia la poltrona de su padre. Tan cerca se hallaban el uno del otro que pudo ponerle la mano en el hombro, presionándolo con amorosa porfía antes de proseguir, fingiendo despreocupación.

—¿A qué hablar de la postrer despedida? ¡Vaya! ¡Vaya! Coqueteas con la edad porque pareces tan joven como yo y sabes muy bien que no te hago ninguna falta. Comprendo que, por un sentimentalismo muy respetable, desees que ejerza la misma profesión que tú. Pero, ya que no me gusta, no me obligues a desobedecerte. —Escrutándole las pupilas, que adivinó húmedas de ternura, aclaró—: Lo que más deseo es seguir estudiando.

—¿Seguir estudiando? Estudiando ¿qué? ¿No te basta con un título universitario? —inquirió, sin poder disimular su orgullosa vanidad ante aquel jovencuelo que en los mejores años quería entregarse de nuevo a la disciplina intelectual, en tanto la inmensa mayoría de muchachos pugnan por liberarse de ella.

Quedóse observándole y tras envolverle con un gesto protector, a sabiendas de que ya no necesitaba protección, concedió:

—Si este es tu deseo, estudia, hijo mío. Estudia lo que quieras. Afortunadamente podemos permitirnos el lujo de seguir manteniéndote.

—Gracias, papá. No te arrepentirás. Traeré tan buenas calificaciones como antes. No perderé un solo examen.

—Si el deporte y las faldas no se oponen a ello ¿eh? —dijo el abogado con socarronería.

—Sabes que únicamente me apasionaba el fútbol y desde que nos «robaron» el Campeonato lo he convertido en un saludable ejercicio físico. En cuanto a las faldas...

—¿Cuándo formarás tu hogar, si te pasas la vida estudiando?

—¡Oh, papá! ¡Mi hogar! Creo sinceramente que no he de servir para cabeza de familia. Soy demasiado inquieto y un hogar significa paz.

Rieron como buenos camaradas; pasáronse unos cigarrillos y continuaron la conversación.

—Me matricularé en la Facultad de Filosofía. También estudiaré los clásicos latinos. Cátulo me interesa de modo particular. Sus poesías encierran una fuerza dramática que todavía no le ha sido reconocida. Me propongo rehabilitarle, hacerle más

asequible, acercarlo a todas las mentes, popularizarlo...

Enárdecíase hablando de lo que, al parecer, había de centrar una vocación literaria y un amor hacia la disciplina intelectual.

Raffaele, el aplicado hijo de Don Giovanni, nació el 17 de febrero de 1918, en Tropea, tranquila y risueña villa calabresa, cuando los cañones imponían sobre el continente la ley del más fuerte. Apenas restablecida la normalidad, el cabeza de familia, con su esposa doña Catalina y el pequeño, que llenábale el alma de esperanzadores augurios, pasó a radicarse en Turín. ¡Necesitaba más dilatados horizontes para legárselos al hijo! Con la mirada lanzada a todo lo largo y ancho del porvenir, colgó una placa en la puerta del flamante domicilio, cuya placa rezaba así: «GIOVANNI VALLONE—ABOGADO».

¿Vallone? Sí, Vallone, abogado calabrés cuyo hijo Raffaele convertiríase, muchos años más tarde, usando un diminutivo familiar, en el popular actor de la pantalla italiana RAF VALLONE. Pero... ¡cuánto camino quedábale por andar!

Muy niño revelóse bien dotado de facultades musicales, predisposición heredada sin duda de la madre, que manejaba la mandolina con reconocida eficiencia.

El pequeño colgábasele a todas horas de las faldas reclamando en su lengua balbuciente e impetuosa:

—¡Dame música, mamá!

—Tengo mucho que hacer, cielo mío. La música es para los ratos libres. Luego, luego; en cuanto termine. Si te quedas tranquilo terminaré en seguida.

—No. No. Ahora — insistía el chiquitín, revelándose voluntarioso y anárquico en sus exigencias.

—He dicho que no. ¡Déjame trabajar!

—Pues... Te daré una serenata.

Viéndole abstraído, tarareando en su media lengua partituras enteras, la madre decidía fomentarle tan precoz disposición. Dábase por vencida y abandonando los quehaceres, le complacía con una exhibición de su apasionado amor por la mandolina.

El niño quedábase abstraído oyéndola. Temperamentalmente inquieto y fogoso, perdía la noción del tiempo y de las cosas siempre que su madre consentía en tocar.

Finalizado tan íntimo concierto, doña Catalina tomaba el hijo en brazos para lanzar este esperanzador augurio:

—Estudiarás música, ¿verdad, amor?, para complacerme y tocar conmigo...

—Tocaré el violín y jugaré al fútbol — afirmaba sin embagues.

—¡El fútbol!... Un buen músico no debe jugar al fútbol... Además, que a mí no me gusta...

—¿Por qué? — interrogábala extrañado.

—Porque te fatigas; sudas mucho y te puedes enfriar.

—Soy fuerte... Mira — golpeábase el pecho, sonreía y, seguro de vencer, reclamaba con obstinación: ¡Quiero una pelota de reglamento!

—No podrías manejarla. Es mayor que tú.

—Mario la tiene y me hace rabiar cuando no me la deja.

—Bien, bien. Hablaremos de esto con papá.

Poco tardó en cumplirse el vaticinio. Días después, el tranquilo hogar de los Vallone vióse sorprendido por unas voces destempladas procedentes de la calle.

—¡Doña Catalina! ¡Doña Catalina! — gritaban sin cesar.

Acudiendo al reclamo, la señora interrumpió sus tareas, abrió la ventana y asomó medio cuerpo fuera, ansiosa de saber.

—¡Baje! ¡Baje, usted! — insistían.

—¿Qué ocurre? ¡Habéis peleado! ¡Lo estoy viendo!

Lo único que vio, en realidad, fue un remolino de chiquillería asustada. En medio del grupo, sentado sobre la acera, pudo distinguir a Raf, en el momento en que el más decidido replicaba:

—No, señora. No hemos peleado. Es por Raffaele, que no se encuentra bien y ni quiere subir, ni nos deja jugar...

—¡Santa Madonna! — oyóse exclamar, cerrándose la ventana estrepitosamente.

En un decir Jesús, doña Catalina bajó la escalera y plantóse entre los que sujetaban al discípulo enfermo, empeñado en hacerse con el balón. ¡Un balón de reglamento!

Los ojos inyectados de fiebre, los dientes castañeteándole y la voluntad decidida, probó, una vez más, de incorporarse, pero allá se fue rodando por los suelos. Doña Catalina le recogió en sus brazos, moviendo la cabeza comprensiva:

—¡Ese fútbol! ¡Ya lo decía yo!

Al contacto ardoroso del cuerpecito amado, sintióse llena de sobresalto. Cuando lo tuvo en cama llamó al doctor. En la espera recogía los desvarios del hijo, muy en consonancia con la columna mercurial... El termómetro rebasaba los cuarenta grados con angustiosa persistencia.

—Sencillamente — explicó el médico de cabecera —. Un caso de enfriamiento, o de gripe, si ustedes lo prefieren. Haremos que remita la fiebre.

Pero las horas pasaban y el termómetro empeñábase en no ceder.

—¡Quiero la pelota de Mario! ¡Una pelota de verdad! — suplicaba con un hilillo de voz apenas perceptible, monorrítmica e insistentemente.

¿Quién sería capaz de resistir a semejante petición, de un chicuelo que recién tenía cumplidos siete años?

Trajéronle, sino la pelota de Mario, otra igual, nuevecita, grande, hermosa. Las pupilas del enfermo brillaron de felicidad. Dejose poner el termómetro sin protestas. Manteníase en los cuarenta grados...

—Vamos, hijo. Ahora a dormir quietecito. El reposo te hará mucho bien — dijéronle llegada la noche.

—Dejadme el balón y dormiré. Quiero tenerlo conmigo.

Inútil decir que se lo dejaron y que, en vez de dormir, pasó las horas jugando silenciosamente sobre la cama.

A la mañana siguiente la fiebre había remitido. Raf lo recuerda y explica todavía como un milagro de ilusión satisfecha.

También la música encontraba gratas resonan-

cias en el corazón de aquel niño mimado, inteligente y voluntarioso. Sin embargo, pese a su probada afición, soportaba las clases con dificultad; sometíase a ellas con violencia.

—No me gustan las cosas que me hace estudiar la maestra — comentaba con los papás.

—Ten paciencia; ya te gustarán.

—Sólo quiero tocar...

—Para tocar debes aprender estas cosas.

—¡Las explica tan mal...! Además, si me distraigo me riñe...

—Naturalmente. Obedece y no te refirás.

—Me aburre; es una pedante — aseguraba con aires de suficiencia.

—¡Hijo! ¿Quién eres tú para juzgar a una persona mayor?

Obligado a ceder, vengábase a su manera. La profesora presentaba continuas quejas del alumno. El alumno no resistía a la profesora... Hasta que un día, cansada de tantas impertinencias, la profesora se despidió.

Por todo comentario, Raf dijo para sí:

«Podré jugar al fútbol siempre que quiera.»

* * *

Conservando viva su pasión musical, quedóse en aficionado. En cambio los deportes fueron ganando terreno hasta el punto de llevarle a las competiciones oficiales.

Don Giovanni tomó cartas en el asunto y le habló:

—Bien está que te atraigan los deportes. No me opongo. Son sanos y te ayudarán en la lucha

por la vida, pero no olvides que por encima de los deportes están los estudios. Como me traigas una mala nota despídete de ellos.

Recordó la advertencia. Tanto estudiaba que ni sus constantes entrenamientos ni sus travesuras hicieronle desmerecer en la puntuación.

La escuela fue para el inquieto Raf magnífico campo de experiencias donde entronizar la dictadura del más fuerte. De acuerdo con su camarada fraterno, Guido Carboni, propuso a los condiscípulos:

—De no haber uno que mande no nos entenderemos... Propongo, pues, que sea el vencedor del torneo de lucha que celebraremos entre todos los de la clase. ¿De acuerdo?

La idea tuvo plena aceptación. ¡Ahí es nada! ¡Un torneo de lucha!

Ganó nuestro hombre y él, con su amigo, se impusieron tan manifiestamente que cuando alguien intentaba desobedecerles recibía una soberana paliza capaz de convencer al más reacio. Y lo curioso del caso era que en cuestión de imponer autoridad no hacían distinciones ni de edad ni de sexo.

Las chicas le buscaban, codiciando su amistad y protección, pese a la indiferencia con que solía corresponderles. Para lograr un rato de conversación era obligado hablarle de fútbol.

—¡Resultas un goleador formidable! —decíale alguna.

—No hay quien pare tus tiros —convenían otras.

Les respuestas solían resumirse más o menos así:

—Si vais el domingo al campo os dedicaré unas cuantas patadas...

Y se alejaba satisfecho, trenzando graciosos arabescos con los pies, cual si entre ellos tuviera su querido balón.

Del colegio pasó al Liceo. Del Liceo a la Universidad, participando en los Campeonatos siempre como figura destacada; enriqueciendo su cuerpo con algunas cicatrices.

Cada vez que le llevaban al hogar lesionado, los padres cambiaban una mirada inteligente que doña Catalina traducía en palabras, apenas hallarse a solas con él.

—¡Ten cuidado! ¡Te entregas como un loco! ¡Disgustas a papá! ¡Cualquier día te matarán de una patada!

Raf hacía se perdonar a fuerza de besos y frases optimistas.

—¡Bah! ¡Desgarro de tejidos! ¡Nada! Unos meses de sosiego y ¡se acabó! —comentaba después de un partido contra el Roma.

—Nada ¿eh?... ¡Faltas a clase! ¡Tus estudios se resentirán! ¡Sabes que papá no admite malas notas!

—¿Por qué he de tenerlas? Los amigos me ayudarán... ¡Son mis mejores «hinchas». Y sin otras distracciones estudiaré mejor... —rebatíale, eliminando dificultades, aunque, pese a sus optimismos, el tal desgarro le costase tres meses de encierro e inmovilidad.

Su equipo bien amado era el «Juventus» de Turín. Por él hacía cualquier sacrificio, soportaba cualquier quebranto. Diganlo si no, los cuatro puntos de sutura en la lengua y otros tres sobre la

ceja izquierda que luce cual trofeos ganados en buena lid.

—¡Mamá! ¡Todo lo vale una victoria! —explicábale apenas pudo hablar. Y añadía, tomándolo a broma: —Me dieron tal encontronazo que fui lanzado contra el muro de cemento que cierra el campo de juego. Sin duda me confundieron con la pelota...

Así las cosas, matriculóse en la Facultad de Medicina. Había pensado ser médico. Se especializaría en Cirugía traumática. Cuidaría de los deportistas.

Acogieronle con entusiasmo. Entre los universitarios su nombre gozaba de gran predicamento, al igual que sus proezas. Pasó a la sala de Anatomía...

—Esto no es para mí —confesó al compañero más próximo.

Desagradablemente impresionado, cambió de ruta. Puesto que papá era abogado y deseaba tenerle con él, no le disgustaría la rectificación. Estudiaría Leyes. La decisión, como todas las suyas, fue rápida, al igual que lo fue poco después, la de abandonador de fútbol oficial.

A quienes intentaban disuadirle, empeñados en conservar un positivo valor, les contestaba:

—Fuimos en busca del Campeonato Universitario. Nos lo merecíamos. No nos lo dieron, pese a que jugamos mucho mejor... ¡Bien! ¡Allá ellos! La culpa será de quienes no supieron defender nuestro derecho. Yo me retiro y ¡en paz!

—No sabrás pasarte sin fútbol...

—Jugaré por puro deleite. Como practico otros deportes...

No volvió a vestir la camiseta oficial.

Tenaz y consecuente hízose con el título de Doctor en Leyes, sin más pensamiento que los libros. Ayudaría a papá. Sería su pasante y su discípulo. Comenzó por leer los expedientes en curso. ¡Qué áridos se le hacían!

«Considerando... Considerando... Considerando...»

De un manotazo apartó los «Considerandos» de su vista, encendió un pitillo y púsose a reflexionar.

Tampoco las leyes y la burocracia le iban. Prácticamente tenían un sentido muy diferente al que imaginara. Aplicábanse con desigual criterio, según conviniera al asunto que había que defender... ¡Resultábale odiosa! ¡Lamentábalo por papá! Vería de convencerle. Todavía era joven. Seguiría estudiando... Sentíase atraído por la literatura; por la filosofía; por los grandes poetas de la antigüedad...

Soltó un carcajada. ¡Su horizonte habíase despejado!

Don Giovanni, absorbido por la lectura de unos legajos, bien ajeno a las cavilaciones del hijo, levantó la mirada, sonrió y dijo para sí:

—¡Divina juventud! ¡Quién tuviera sus años!

Ni fue músico, ni futbolista, ni abogado. Reincorporado a la Universidad aplicóse en las nuevas disciplinas, que iban más directamente orientadas a su auténtica personalidad. Apasionado y sensible a la belleza, solía exclamar:

—¡Todo lo creado en torno a nosotros resulta muy superior a nosotros mismos!

Admiraba la naturaleza; sentíase identificado con ella; emocionábale el mar; la tierra altiva; el llano bien cuidado; poseía, por tanto, vena de poeta. ¿Cómo encerrale en el reducido ambiente de un quirófano o el árido gabinete de un leguleyo?

Ni por un momento se arrepintió de haberles huido. Lamentó, en cambio, sus intemperancias con la profesora de violín, porque la música seguía-le apasionando. Hubiera podido llegar a ser un buen intérprete; quizá, incluso, un excelente compositor, pero aquella maestra incomprensible y enfática tenía la culpa de que se malograra.

—No la podía soportar. ¡Qué pedante! —todavía recuerda cuando se le comentan sus interrumpidos estudios.

Sin embargo, seguía por propia voluntad ejercitándose en el violín y dando audiciones familiares. Cuando la mente acusaba fatiga, le gustaba solazar el espíritu por las rutas del pentagrama. Sabía que la música ejercía como calmante; lo sabía por experiencia. ¡Cuántas veces habíale sofrenado el temperamental arranque de sus vehemencias...! Cuando comprendía que el medio ambiente se le tornaba áspero y dificultoso, frucía el ceño y se aislaba en su habitación.

Dofia Catalina acudía —la mandolina a cuestas— apenas sonaban las primeras notas.

—¿Qué te sucede? ¿Tocamos? —pedía sonriéndole dulcemente— También yo lo necesito...

—¡Qué bien me conoces! —exclamaba, besándola como un chiquillo.

—¡No te voy a conocer! Has heredado mi sensibilidad, hijo. ¿Qué te sucede? —repetía ansiosa de consolar.

—Nada. Únicamente deseo evadirme de tanta vulgaridad —aseguraba, soslayando una respuesta concreta.

—Lo creo, hijo. Te hemos mimado demasiado. Vives sin problemas... De ahí que cualquier contrariedad te lo parezca. ¿Discutiste con los amigos? ¡Ese carácter...!

—Ni me acuerdo ya de lo que pudo motivar este arrebató —confesaba antes de pedir: —Ven, tocaremos juntos.

E identificados en una aspiración común se les iban las horas.

* * *

Alcanzado el título de Doctor en Filosofía, empezó a caminar por cuenta propia. La Universidad y los deportes habíanle proporcionado valiosos amigos que la simpatía personal cuidó de afianzar. Fue alumno del actual Presidente de la República, Einaudi; del periodista deportivo Casalbone, muerto en accidente de aviación cuando acompañaba a un equipo de fútbol...

¡Periodismo...! He aquí una actividad que podría conjugar las inquietudes del fogoso muchacho, convertido en hombre ya.

—¿Quieres ayudarme? —solicitó de Casalbone, tras exponerle su pretensión.

—Te ayudaré, pero, dime antes, ¿qué te gustaría hacer? Esta profesión encierra tantas facetas...

—Estoy preparado para colaborar en cualquier sección. Sin embargo, me siento inclinado hacia la investigación literaria; la crítica deportiva; el

teatro; el cine... Dame la oportunidad de asomarme a una redacción y me especializaré. El ambiente en que os movéis los periodistas me atrae. Lo encuentro maravilloso. Me parece un mundo nuevo; distinto de los demás...

—Anda con cuidado. La tinta de imprenta es como un veneno. Una vez probada no hay salvación posible...

Raf le oía entusiasmado.

—Estoy seguro de que me sentiré feliz entre vosotros.

Empezó colaborando en «La Gazzetta del Popolo». Se adentró en el periodismo radiado, recitando y comentando a Cátulo, su poeta favorito. Fue crítico deportivo; teatral; cinematográfico...

Sus crónicas y artículos eran de una dureza tremenda. Enjuiciaba personas y cosas con tal acritud que en las tertulias se le temía y respetaba. Las opiniones del combativo periodista formaban escuela. Quería cambiarlo todo; revolucionar el cine, sus métodos y procedimientos. El cine llegó a interesarle sobre manera. Se le buscaba para la controversia constructiva.

—Después del maravilloso resurgir de postguerra, nos hemos estancado —repetía ante los responsables de la cámara y el plató.

—¿Qué podemos hacer? Nos faltan elementos. Carecemos de recursos.

—¿Medios? ¿Los había entonces? La calle es el mejor «set». Las gentes sencillas el mejor asunto.

—¿Por qué no te conviertes en director? Entonces no criticarías tanto.

—Pienso llegar a serlo. No sé cuándo, pero lo

seré —prometía frunciendo el ceño; dejando de sonreír.

Mas, quien tenía puestas sus miras en la dirección pasó, en el momento más insospechado, a nutrir las filas de actores.

De Santis, el conocido realizador, preparaba la filmación de «Arroz amargo», e interesado por las ideas revolucionarias de Vallone, con cuya amistad contaba, quiso recoger su opinión antes de empezar el rodaje de la película.

Le invitó a conversar. Enzarzados en dura controversia, dejaron correr el vino. Las ideas fluían; el plan se concretaba; las objeciones del inquieto periodista interesaban al director.

—La cámara debe mirar hacia fuera. Nada hay tan hermoso como la naturaleza. Ningún problema tan interesante como los del pueblo. Cuando yo dirija...

Las ideas de Raf parecían inspiradas en el «asunto» de «Arroz amargo». De Santis escanciaba vino, oía y pensaba.

De pronto le miró con insistencia, tal si acabara de conocerle. El tipo atlético del fogoso universitario parecía interesarle. Lo estudió detenidamente. Buena estatura, ancho de espaldas, musculado, facciones atractivas, pupilas que sabían reír y también endurecerse, recios puños...

Eso es: ¡puños! La idea se concretó en palabras:

—¿Quieres que te hagamos una prueba?

—¿Yo actor? —rió divertido.

—¿Por qué no? Entiendes lo bastante de cine para ponerte ante la cámara sin miedo.

—No estaría mal... ¡El crítico criticado!

—¿Te asusta?

—Sin asustarme, lo tengo muy en cuenta.
 —Actuando demostrarías lo que vales y lo que para ti es, o debe ser, un actor.
 —Raf Vallone, actor... —repetíase divertido.
 —Y en un papel estupendo —tentábale De Santis.

—¿Cuál?

—El de sargento. Tipo simpático, bueno y, ¡no lo olvidéis!, que anda a puñetazo limpio cada dos por tres...

El rostro del interrogado, has entonces taciturno y reflexivo, se iluminó con una sonrisa diabólica al exclamar:

—¡Probemos! Al fin y al cabo, con probar no se pierde nada.

La prueba gustó, y cumplidos los treinta años, Raf Vallone, licenciado en Leyes y Filosofía, futbolista, músico, crítico literario, deportivo, teatral y cinematográfico, asomóse por primera vez a la pantalla (junto con otra figura desconocida: la hoy explosiva Silvana Mangano) por obra y gracia de...

—Estoy seguro de debérselo a unas copas de más, ¿a qué, si no, puesto que lo más lejano de mi pensamiento era ser intérprete? Pero no lo lamento, puesto que en el cine he encontrado la expresión de todo cuanto llevaba dentro de mí y en vano venía queriendo exteriorizar —asegura cuando le preguntan—. Amo el arte en todas sus manifestaciones. Y el cine me parece su más perfecta síntesis.

La decisión produjo gran revuelo, puesto que el crítico se ponía en condiciones de ser criticado.

—¿Qué tal; mucha emoción? —inquirían los amigos, entre bromas y veras.

—¿Emoción? ¡Ninguna! Después de haber oído rugir a millares de espectadores en los campeonatos de fútbol, se tienen los nervios bien templados —contestaba el apuesto ex delantero del «Juventus»—. Un campo de deportes lleno de público es una buena escuela de serenidad.

Lo mismo que en todo cuanto llevaba hecho, también en el cine entró por la puerta grande. De ahí que, un año después, el mismo De Santis volviera a buscarle para «Non c'è pace fra gli ulivi», dándole como oponente a Lucía Bose.

Trasladáronse a la agreste región Ciociaria, tierra montaraz, de recios pastores y mujeres bellísimas, muchas de las cuales, según tradición, bajan a Roma para nutrir los puestos de floristas de la Plaza de España, las casas de modas y los estudios de pintor.

Raffaele, enamorado del campo, gozó allí de un amplio y merecido descanso espiritual. Tumbado bajo los olivos solía soñar. Orillaba el momento crucial de su existencia. Llevaba sobre las espaldas más de media vida. Una vida anárquica, sin imperativos deberes que cumplir. Era libre; dueño absoluto de sus caprichosas decisiones.

Vistiendo la zamarra de pastor, que tan bien le sentaba a su corpachón atlético, embebíase del paisaje montaraz, sospesando la intensidad pasional de unas gentes primitivas que mataban y morían por amor. Un amor sencillo, con mucho de sumario y bestial. Gentes que amaban y odiaban. Gentes que vivían... El, en cambio...

¡Con cuánta ternura recuerda la mejor anéc-

dota de su carrera de actor! Para dar mayor verismo a las escenas, De Santis había traído hasta la cámara a un grupo de auténticos pastores. Les explicó su cometido. Consistía en procurar que Raf (Francisco, en el film) escapase a la persecución de la policía. Los delitos que le imputaban habíalos cometido por amor. Se rodó la secuencia y los pastores quedaron en libertad de volver a sus casas. Raf, según su costumbre, se tumbó bajo un olivo, al arrimo de su sombra bienhechora. Los pastores, en vez de marchar, quedáronse hablando, agrupados. Discutían. Al fin parecieron llegar a un acuerdo. Raf les observaba distraído, cuando el más viejo se le acercó:

—Mira, Francisco —dijo con mal disimulado recelo por los del «equipo», que andaban recogiendo sus cosas—. Hemos decidido salvarte. Esta tarde llégate a Quercia, con disimulo. Nosotros te esconderemos de tal modo que no habrá quien pueda descubrirte. Nos has caído simpático y no queremos que la policía te coja.

En su ingenua bondad, y pese a todo lo que llevaban rodado, aquellos pastores todavía no comprendían que estaban moviéndose en un mundo de ficción...

* * *

Afirmando su recia personalidad de actor, protagonizó luego «El bivo», con Charles Vanel. «Il cammino della speranza» y «Cristo proibito», con Elena Varzi. «Cuori senza frontiera», con Gina Lollobrigida. «El caballero sin ley», con Silvana Pampanini. «Ana», de nuevo con Silvana Mangano. «Camisas rojas», con Anna Magnani...

Corría el año 1952 cuando, después de haber tenido como oponentes a las mujeres más codiciadas y «explosivas» del cine italiano, empezó a sentirse ganado por aquella que conoció en el quizá simbólico «Camino de la esperanza».

Resultaba evidente que Elena Varzi había conquistado. El luchaba y luchaba no queriéndose entregar, presintiendo una entrega absoluta. Amaba la libertad, la anárquica independencia, pero...

—¿Cuándo te casas? —averiguaban quienes le veían acompañarla.

—¿Te refieres a Elena? —preguntaba a su vez, poniéndose a la defensiva.

—Pues, ¡claro! ¿A quién, si no? No la dejas ni a sol ni a sombra...

—Elena es una buena amiga... La mejor que tuve y tengo —replicaba, molesto por tales intromisiones.

—¿Nada más...?

—También la considero la compañera ideal... Es comprensiva, reposada, tranquila. A su lado me siento bien. Actúa de freno y sedante para mi carácter impetuoso y un tanto volcánico —explicaba, sin advertir que tanta explicación le traicionaba.

—De esto a la petición de matrimonio no media más que un paso...

El paso fue dado antes de venir a España para rodar, a las órdenes de Sainz de Heredia, «Los ojos dejan huella».

* * *

Películas y más películas. Raf no descansa. El hogar tórnasele santuario. El plató fragua de popularidad. Sigue «Carne inquieta», con Marina Bertl. «Gli eroi de la domenica», con su esposa. Película que le hace revivir aquellas jornadas ya lejanas, cuando era admirado y temido apenas saltaba al campo de juego luciendo camiseta granate...

—¡Adoro los niños! — exclama con la vehemencia temperamental de siempre, apenas alcanza la paternidad.

La hija es bautizada con el nombre de Eleonora. Pensando en las dos mujeres que alegran el hogar sigue laborando.

«Roma ore il» le reencuentra con Lucía Bose. «Destinos de mujer» le enfrenta con Martine Carol. «Perdóname», con Antonella Lualdi. «Theresa Raquin» le lleva a Francia, donde acababa de ganar el primer puesto en un referéndum popular que le calificaba como el mejor actor extranjero del año.

Estaba rodando a las órdenes de Marcel Carné la escena en que los dos amantes (Simonne Signoret y Raf Vallone) discutían en un camión, echándose en cara mutuamente la responsabilidad del asesinato del marido, cuando Carné le descubrió elogioso:

—Eres el Jean Gabin de la postguerra. Tu rostro posee una intensidad excepcional.

El «todo París» que se interesa por el cine captó la llegada del que era considerado «galán número uno» del estrellato italiano.

Los compañeros de profesión le llevaban a los clubs nocturnos. Le exhibían. «¡Qué enorme pare-

cido tienes con Burt Lancaster!» — solían comentar.

—Me lo han dicho infinidad de veces. Admiro a Burt... También a Henri Fonda.

—¿De ellas?

—Después de mi mujer, Betty Davis, Ingrid Bergman, etc., etc.... ¡A muchas!

Deambula por la ciudad más cosmopolita del mundo empujado por su insaciable curiosidad intelectual y artística. Profundiza en los medios cinematográficos del país hermano, cuando la aureola del éxito le ha situado, afirmando su personalidad.

—París me encanta. ¡Lástima que llueva tanto! El cielo de Roma sólo lo pude contemplar en España. ¡Qué bello país! He de volver algún día...

Anda con el paraguas abierto. La mirada atenta y en el corazón las añoranzas del hogar. Elena y la niña no pudieron acompañarle. Demasiado ajetreo para la pequeña. Soportando los chaparrones se alegra de que no estén allí. Les escribe, les telefona, les promete volver en cuanto haya presentado el film que más le gusta, por el que siente marcada predilección. «El camino de la esperanza», tal vez porque, gracias a él, conoció a la que hoy es su esposa y eje del hogar.

Cuando regresa toma a Eleonora en brazos y le cuenta bellas anécdotas. Le regala juguetes, lindas muñecas, como sólo en París saben vestirlas. ¡La gracia de París! Eso sí que no puede negársele, pero... le falta sol. Raf es un devoto ferviente del sol... ¡Lo ha añorado mucho!

—También a vosotras — asegura —. Me hicisteis comprender todo el valor de la «casa», la familia...

—¿Qué ha sido de aquel bohemio incansable? —
rie Elena complacida.

—Tú le has sujetado. Confieso que no existe nada como esto — afirma, paseando la mirada por todo —. Tu presencia me resulta estimulante y suave, como una caricia...

La esposa asiste gozosa a ese reconocimiento de plenitud. Nunca se habían separado. El la lleva muy junto al corazón. Le coge la cabeza entre las manos y besa sus labios, que se le tornan fuente de vida, en tanto Eleonora juega con los obsequios de papá. La estampa cobra sentido de eternidad.

Después de un prolongado silencio, la esposa pregunta:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Seguir trabajando y escribiendo.

—¿Te pasas al campo de los guionistas?

—Circunstancialmente, sí. Tengo un asunto que me parece interesante y no lo quiero desperdiciar. De todos modos no creas que desisto de mi idea. Un día u otro me encargaré de la dirección — declara a la mujer que mejor ha sabido comprenderle, y con la que se encuentra plenamente identificado.

En el interín, la ficha artística de Raf va engrosándose con nuevas protagonizaciones.

«La spiaggia», con Martine Carol. «Delirios», con Francoise Arnaul. «Obsesión», con Michael Morgan. «Silvri humani», con Elena, reintegrada al «set» tras dos años de absoluta dedicación a su pequeña Eleonora.

Les satisface trabajar juntos, como en sus

tiempos mozos. Ahora ven la vida de modo distinto. Especialmente él.

—¿Damos un paseo? — propone, terminada la jornada de rodaje.

—Oh, sí — acepta, ilusionada como una chiquilla —. Me fatiga la gente. Este no poder pasar inadvertidos...

—Esto, querida, se llama popularidad...

—Es por ti por quien vienen...

—Por mí y por tí. Tu labor es perfecta. El público te quiere.

Al fin, los mutuos elogios terminados, Raf, que todavía siente el ardor de las competiciones deportivas, concentradas hoy en el volante, abre la portezuela del coche para que Elena suba; toma la dirección; pone el pie en el acelerador y recorre la campaña romana, llevando a su lado a la mujer que supo calmar su inquieto vivir.

—¡Qué hermosos los atardeceres romanos! — exclama desde lo alto de una de las siete colinas en que se asienta la capital del orbe cristiano.

—¿Bajamos?

—Sí. Lo merece... — acepta, satisfecho de que le haya adivinado el pensamiento.

El hombre que en la infancia contempló muchas puestas de sol tras el turbulento Stromboli, sintiendo necesidad de volcar sus inquietudes ante un escenario de evidente grandiosidad, confía a la compañera su credo artístico-cinematográfico.

El lugar y la hora invitan a la confidencia.

—Tú me conoces bien y sabes de mis individualismos... Amo la libertad. De ahí que suela huir de cuanto signifique disciplina, por lo que tiene de coercitivo para la voluntad.

Elena le ataja, sonriendo comprensiva.

—Esto debes decirselo a tus biógrafos.

—¿Biógrafos? ¿Tanto me cotizas?

—Nadie ignora, y tú tampoco, que eres uno de los actores más cotizados y más cultos... No hablemos de admiradoras...

Ambos jueguean como dos mozalbetes. Cogidos de la mano vuelven al coche. Y, como apenas regresan a Roma una nube de periodistas solicita las autorizadas opiniones del inquieto Raf, éste continúa explicando:

—Socialmente, me siento en una posición equidistante entre dos clases, en apariencia opuestas: campesinos y obreros, pero que, en realidad, se encuentran en la lucha común por dominar la naturaleza y la materia. De volver a nacer me agradecería vivir ambas experiencias, para luego retornar a la de actor, que las resume todas.

—¿Tanto te has identificado con el cine?

—Puedes decir que gracias a él me he encontrado a mí mismo.

—¿Quiénes han sido tus maestros?

—Charlot, Griffith, Eisenstein... Les he estudiado a fondo y pienso recoger sus enseñanzas y experiencias cuando actúe de director.

—¿Será pronto? Lo vienes diciendo desde hace años...

—Será en el momento que lo considere oportuno. No siento impaciencias. Pude haberlo hecho ya, pero como se me exigía ser a la vez que director actor, me negué, por considerar que no deben hacerse ambas cosas.

La preparación cultural de Vallone le convierte en hombre extraordinario, capaz de dialogar sobre

los más diversos temas. Gran observador y polemista consciente, nutre con sus autorizadas opiniones y experiencias las páginas de muchas revistas, pues que no se niega nunca a la entrevista. Sabe, por experiencia, que la profesión periodística es dura y sabe, también, la satisfacción que produce entregar un montón de cuartillas a la redacción.

Su última película, «El signo de Venus», bajo la dirección de Dino Rosi, le tiene encantado. En ella da aparentemente la nota de hombre sereno, deportista y tranquilo, sin problemas íntimos, pero que, en realidad, se entrega ante una frase de ternura; estalla si se cree burlado; se cierra hermético ante la menor sospecha de incomprensión... Un hombre, en fin, que responde en todo a la auténtica personalidad del volcánico Raf. Por si esto fuera poco. «El signo de Venus» le ha puesto en un plano de igualdad interpretativa con el actor y director italiano que más admira: Vittorio de Sica.

Todo lo cual, unido a la llegada de la cigüeña, trayendo en el pico un doble envoltorio, forman las notas más sobresalientes en la vida presente del hombre-actor y el actor-hombre, cuyas claras pupilas, hechas para sonreír, hemos visto oscurecerse casi siempre que actúa en la pantalla.

—No es culpa mía —replica a quienes lo comentan—: ¿Cómo voy a sonreír si me confían papeles de asesino? No se puede matar a nadie sonriendo...

Y diciéndolo enseña dos hileras de dientes blanquísimos, que contrastan con sus sanguíneos labios y su piel curtida por el sol.

Así es RAF VALLONE

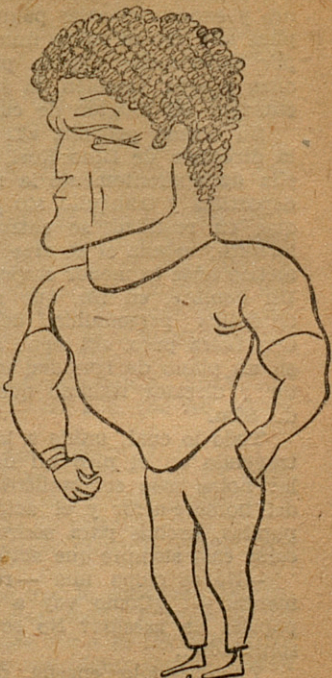
Se hallaba un día sentado en la terraza de un bar, en Roma, acompañado de un amigo completamente calvo. Pasó ante ellos un hombre y el calvo se quitó el sombrero en un amable saludo.

—¿Le conoces? —preguntó Raf.

—No mucho —repuso el calvo—. Pero este individuo me vendió un tónico para hacer salir el cabello. Cada vez que le encuentro me quito el sombrero, para que vea lo tramposo que es.

Raf se hallaba entre un grupo de cineastas europeos y americanos. Empezaron a discutir sobre el gusto gastronómico y el arte culinario de sus respectivos países.

—Los europeos cocinan —dijo el actor italiano—. Y los americanos abren latas.



án a la venta!

HEPBURN. — Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



VITTORIO GASSMAN. — Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



JOAN CRAWFORD. — Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.



TITULOS EN PRENSA



JOSEPH COTTEN

Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el ansia de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.

LORETTA YOUNG

Esta encantadora estrella que vemos todavía en papeles de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. Su vida es una larga experiencia cinematográfica, con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que será probablemente el definitivo.



GLENN FORD

El gran actor que se reveló en la película «Gilda». Como consecuencia de su magnífica labor en este papel, obtuvo un contrato para interpretar exclusivamente «tipos duros». Después de su matrimonio con la actriz Eleanor Powell, ella ha abandonado su trabajo ante las cámaras y su personalidad artística para convertirse, simplemente, en la señora Ford.



LANA TURNER

La estrella eternamente enamorada, tuvo una infancia pobre y difícil, agravada por la tragedia del asesinato de su padre. Su original e inesperado descubrimiento para el cine y el escándalo originado por su «swetter», le dan fama y riqueza, pero ella ha buscado siempre la felicidad a través del amor, casándose cinco veces —dos de ellas con el mismo hombre—, y pasando por breves idilios con astros tan relevantes como Tyrone Power y Fernando Lamas.

